

## ENCUENTRO DEL PAPA CON LOS MOVIMIENTOS

### TEXTO INTEGRO DEL MENSAJE PAPAL DEL CONGRESO DE MOVIMIENTOS Y ASOCIACIONES

Roma, 30 de mayo de 1998

¡Queridísimos hermanos y hermanas en Cristo!

1. "En todo momento damos gracias a Dios por todos ustedes, recordándolos en nuestras oraciones. Tenemos presente ante nuestro Dios y Padre la obra de su fe, los trabajos de su caridad y la tenacidad de su esperanza en Jesucristo, nuestro Señor" (1 Tes. 1, 2-3). Estas palabras del apóstol San Pablo resuenan con gran alegría en mi corazón, mientras esperando encontrarlos en el Vaticano, envió a todos ustedes un caluroso saludo y les aseguro mi cercanía espiritual.

Dirijo un pensamiento afectuoso al presidente del Consejo pontificio para los laicos, el Cardenal James Stafford, al secretario, monseñor Stanislaw Rylko, y a todos los colaboradores del dicasterio.

Extiendo mi saludo a los responsables y delegados de los diversos Movimientos, a los pastores que los acompañan y a otros ilustres relatores.

Durante los trabajos del Congreso Mundial, afrontan el tema: «Los Movimientos eclesiales: comunión y misión en el umbral del tercer milenio». Agradezco al Consejo Pontificio para los laicos que se ocupó de la organización de esta importante asamblea, como también a los Movimientos que recibieron con pronta disponibilidad la invitación que les hice en la Vigilia de Pentecostés hace dos años.

En esa ocasión expresé mi deseo de que, en el camino hacia el Gran Jubileo del 2000, durante el año dedicado al Espíritu Santo, dieran un «testimonio común» y en «comunión con los pastores y en armonía con las iniciativas diocesanas, llevaran al corazón de la Iglesia su riqueza espiritual,

educativa y misionera, como valiosa experiencia de vida cristiana» (Homilía en la Vigilia, n.7, en *L' Osserv.Romano*, 27-28 de mayo de 1996, p.7).

Pido de corazón que su Congreso y el Encuentro del 30 de mayo de 1998 en la Plaza San Pedro pongan a la luz la fecunda vitalidad de los Movimientos en el Pueblo de Dios, que se prepara para cruzar el umbral del tercer milenio de la era cristiana.

2. Pienso en este momento en los Coloquios internacionales organizados en Roma en 1981, en Rocca di Papa en 1987, y en Bratislava en 1991. Seguí los trabajos acompañándolos con la oración y constante cercanía de corazón. Desde el inicio de mi Pontificado atribuí especial importancia al camino de los Movimientos eclesiales y tuve la oportunidad de apreciar los frutos de su difundida y creciente presencia en el curso de mis visitas pastorales a las parroquias y los viajes apostólicos. Constaté con agrado su disponibilidad a poner sus energías al servicio de la Sede de Pedro y de las Iglesias locales.

Pude reconocerlos como una novedad que aún espera ser adecuadamente recibida y valorada. Hoy percibo en ellos una autoconciencia, más madura, y eso me alegra. Representan uno de los frutos más significativos de aquella primavera de la Iglesia ya preanunciada por el Concilio Vaticano II, pero que desgraciadamente, a

menudo se ve entorpecida por el creciente proceso de secularización. Su presencia es esperanzadora porque muestra que esta primavera avanza, manifestando la frescura de la experiencia cristiana fundada en el encuentro personal con Cristo.

En medio de la diversidad de las formas, los Movimientos se caracterizan por su conciencia común de la «novedad» que la gracia bautismal imprime en la vida, por el singular anhelo de profundizar en el misterio de la comunión con Cristo y con los hermanos, por la fidelidad al patrimonio de la fe transmitido por el flujo vivo de la Tradición. Ello da origen a un renovado impulso misionero, que lleva a un encuentro con los hombres y mujeres de nuestro tiempo en las situaciones concretas en las que se hallan y a poner una mirada llena de amor sobre la dignidad, las necesidades y el destino de cada uno.

Estas son las razones del «testimonio común» que, gracias al servicio que les presta el Consejo pontificio para los laicos y con el espíritu de amistad, de diálogo y de colaboración con todos los movimientos, se concretiza ahora en este Congreso mundial y sobre todo, dentro de unos días, en el esperado encuentro en la Plaza San Pedro. Por otra parte, se trata de un «testimonio común» de, que ya se manifestó y se comprobó en la laboriosa fase preparatoria de estos dos eventos.

La significativa presencia entre ustedes de superiores y representantes de otros dicasterios de la curia romana, de obispos procedentes de diversos continentes y naciones, de delegados de la Unión Internacional de superiores y las superiores generales, de invitados de varias instituciones y asociaciones indica que toda la Iglesia está involucrada en esta iniciativa confirmando que la dimensión de comunión es esencial en la vida de los Movimientos. También está presente la dimensión ecuménica hecha tangible por la participación de delegados hermanos de otras iglesias y Comuniones cristianas, a quienes envió un particular saludo.

3. El objetivo del Congreso Mundial es, por un lado, profundizar en la naturaleza teológica y la tarea misionera de los Movimientos y, por otro favorecer la recíproca edificación mediante el intercambio de testimonios y experiencias. Su programa toca por lo tanto los aspectos cruciales de la vida de los Movimientos, suscitados por el espíritu de Cristo para un nuevo impulso apostólico de toda la comunidad eclesial. En la apertura de los trabajos, deseo proponer para su atención algunas reflexiones que seguramente podremos subrayar ulteriormente en el curso de la celebración en la Plaza San Pedro el próximo 30 de mayo.

Ustedes representan cerca de 50 Movimientos y nuevas formas de vida comunitaria, que son expresión de una multiforme variedad de carismas, métodos educativos, modalidades y finalidades apostólicas. Una multiplicidad vivida en la unidad de la fe, de la esperanza y de la caridad, en obediencia a Cristo y a los pastores de la Iglesia. Su misma existencia es un himno a la unidad y pluriformidad querida por el Espíritu Santo y rinde testimonio de ella. De hecho, en el misterio de la comunión del Cuerpo de Cristo, la unidad no ha sido jamás convertida en homogeneidad, negación de la diversidad; como al pluriformidad, no debe convertirse jamás en particularismo o dispersión. Por eso es que cada una de sus realidades merece ser valorizada por la peculiar contribución que hace a la Iglesia.

4. ¿Qué se entiende hoy por «movimiento»? El término se refiere a menudo a realidades diversas entre sí, y a veces incluso por configuración canónica. Si, por una parte, ella no puede agotar ni fijar la riqueza de las formas suscitadas por la creatividad vivificante del Espíritu de Cristo, por otra indica una realidad eclesial concreta en la que participan principalmente laicos, un itinerario de fe y de testimonio cristiano que funda su método pedagógico sobre un carisma preciso donado a la persona del fundador, en circunstancias y modos determinados.

La originalidad propia del carisma que da vida a un Movimiento no pretende, ni podría, añadir algo a la riqueza del *depositum fidei* custodiado por la Iglesia con celosa fidelidad. Pero constituye un fuerte apoyo, una llamada sugestiva y convincente a vivir en plenitud, con inteligencia y creatividad, la experiencia cristiana. Este es el requisito para encontrar respuestas adecuadas a los desafíos y a las urgencias de los tiempos y las circunstancias históricas siempre diversas.

Con esta perspectiva, los carismas reconocidos por la Iglesia, representan caminos para profundizar en el conocimiento de Cristo y para donarse más generosamente a Él, enraizándose cada vez más, en la comunión con todo el pueblo cristiano. Ellos requieren más atención de parte de cada miembro de la comunidad eclesial, empezando por los pastores, a quienes se ha confiado el cuidado de las Iglesias particulares, en comunión con el Vicario de Cristo. Los Movimientos pueden así ofrecer una preciosa contribución a la dinámica vital de la única Iglesia, fundada sobre Pedro, en las diferentes situaciones locales, sobre todo en aquellas donde la *implantatio Ecclesiae* está aún en los inicios y afronta muchas dificultades.

5. Muchas veces he tenido maneras de subrayar cómo en la Iglesia no hay contraste o contraposición entre la dimensión

institucional y la dimensión carismática, de la cual los Movimientos son una expresión significativa. Ambas son co-esenciales a la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque contribuyen juntas a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo. Unidas, también tienden a renovar, según sus propios modos, la autoconciencia de la Iglesia que, en cierto sentido, puede definirse ella misma, «Movimiento», en cuanto acontecimiento en el tiempo y en el espacio de la misión del Hijo por obra del Padre, en la fuerza del Espíritu Santo.

Estoy convencido que estas consideraciones encontrarán una adecuada profundización en el curso de los trabajos del Congreso que acompaño con la oración, para que de ellos broten frutos copiosos en beneficio de la Iglesia y de la humanidad entera.

Con tales sentimientos y esperando encontrarlos en la plaza San Pedro durante la Vigilia de Pentecostés, imparto de corazón una especial bendición apostólica a ustedes y a sus representantes.

# MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II A LOS MOVIMIENTOS ECLESIALES Y NUEVAS COMUNIDADES EN LA PLAZA SAN PEDRO

Roma, 30 de mayo de 1998

“Los discípulos reunidos con María y otras mujeres en el cenáculo, reciben el don del Espíritu Santo...” (Hch. 2, 2-4)

¡Queridos hermanos y hermanas!

1. Las palabras de los Hechos de los Apóstoles nos introducen en el corazón del evento de Pentecostés, nos presentan a los discípulos que, reunidos con María en el Cenáculo, reciben el don del Espíritu Santo. Se realiza así la promesa de Jesús y se inicia el tiempo de la Iglesia. Desde ese momento, el viento del Espíritu Santo llevará a los discípulos de Cristo hasta los confines de la tierra. Los llevará hasta el martirio por el intrépido testimonio del Evangelio.

Esto que sucedió en Jerusalén hace dos mil años, es como si esta tarde se renovara en esta Plaza, centro del mundo cristiano. Como entonces los Apóstoles, también nosotros nos encontramos reunidos en un gran cenáculo de Pentecostés,

anhelando la efusión del Espíritu. Aquí queremos profesar con toda la Iglesia que “uno sólo es el Espíritu, (...) uno sólo el Señor, uno sólo es Dios, que obra en todos” (1 Cor. 12, 4-6). Este es el clima que queremos revivir implorando los dones del Espíritu Santo para cada uno de nosotros y para todo el pueblo de los bautizados.

## UN ACONTECIMIENTO DE COMUNIÓN ECLESIAL

2. Saludo y agradezco al Card. Stafford, presidente del Consejo pontificio para los laicos, las palabras que ha querido dirigirme, también a nombre de ustedes, al inicio de este Encuentro. Con él, saludo también a los cardenales y obispos presentes. Dirijo un particular agradecimiento a Chiara Lubich, Kiko Argüello, Jean Vanier, Mons. Luigi Giussani, por sus conmovedores testimonios. Saludo a los fundadores y responsables de las nuevas comunidades y de los movimientos aquí representados. Quiero dirigirme a cada uno de ustedes, hermanos y hermanas, pertenecientes a los distintos movimientos eclesiales. Ustedes han acogido con prontitud y entusiasmo la invitación que les dirigí en Pentecostés del año 1996, y se prepararon cuidadosamente bajo la guía del Consejo pontificio para los laicos, para este extraordinario encuentro, que nos proyecta hacia el gran Jubileo del 2000.

Este acontecimiento es verdaderamente inédito: por primera vez los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales se encuentran todos juntos, con el Papa. Es el gran «testimonio común» que recomendé para el año dedicado al Espíritu Santo, en el camino de la Iglesia hacia el Gran Jubileo. El Espíritu Santo está aquí entre nosotros. El es el alma de este admirable acontecimiento de comunión eclesial. En verdad, "Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo" (Sal. 117, 24).

### **UNA CORRIENTE DE VIDA NUEVA**

3. En Jerusalén, hace casi dos mil años atrás, el día de Pentecostés, delante de una multitud estupefacta y burlona por el cambio inexplicable notado en los apóstoles, Pedro proclama con coraje: "A Jesús de Nazaret, un hombre acreditado por Dios entre ustedes" lo clavado en la cruz por manos de los impíos y lo han matado. Pero Dios lo ha resucitado" (Hechos 2, 22-24). En las palabras de Pedro se manifiesta la autoconciencia de la Iglesia, fundada sobre la certeza de que Cristo está vivo, actúa en el presente y cambia la vida.

El Espíritu Santo, ya actuó en la creación y en la antigua alianza, se revela en la Encarnación y en la Pascua del Hijo de Dios, y casi estalla en Pentecostés para prolongar en el tiempo y en el espacio, la misión de Cristo Señor. El Espíritu constituye así la

Iglesia como corriente de vida nueva, que fluye dentro de la historia de los hombres.

### **REDESCUBRIMIENTO DE LA DIMENSIÓN CARISMÁTICA**

4. A la Iglesia que, según los Padres, es el lugar "donde florece el Espíritu" (Catecismo de la Iglesia Católica n. 749), el Consolador ha donado recientemente con el Concilio Vaticano II un renovado Pentecostés, suscitando un dinamismo nuevo e imprevisto.

Siempre, cuando interviene el Espíritu produce estupor. Suscita eventos cuya novedad asombra, cambia radicalmente las personas y la historia. Esta fue la experiencia inolvidable del Concilio ecuménico Vaticano II, durante el cual, bajo la guía del mismo Espíritu, la Iglesia redescubrió, como constitutiva de sí misma, la dimensión carismática: "el Espíritu no se limita a santificar y a guiar al pueblo de Dios por medio de los sacramentos y los ministerios y adornarlo de virtudes", sino "distribuyendo a cada uno de los propios dones como le place a Él" (1 Cor. 12, 11), "distribuye entre los fieles de todo orden gracias especiales" útiles para la renovación y la mayor expansión de la Iglesia" (LG. 12).

Los aspectos institucional y carismático son casi coesenciales en la constitución de la Iglesia y concurren, aunque de modo diverso, en su vida, para su renovación y a

la santificación del Pueblo de Dios. Es de este providencial redescubrimiento de la dimensión carismática de la Iglesia, que antes y después del Concilio, se ha afirmado una singular línea de desarrollo de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades.

### **APERTURA AL ESPÍRITU**

5. Hoy, la Iglesia se alegra al constatar el renovado cumplimiento de las palabras del profeta Joel, que acabamos de escuchar: "Derramaré mi Espíritu Santo sobre cada persona" (Hechos 2,17). Ustedes aquí presentes son la prueba tangible de esa efusión del Espíritu. Cada movimiento difiere del otro, pero todos están unidos en la misma comunión y en la misma misión. Algunos carismas suscitados por el Espíritu, irrumpen como viento impetuoso que aferra y arrastra a las personas hacia nuevos caminos de entusiasmo misionero al servicio radical del Evangelio, proclamando sin cesar las verdades de la fe, acogiendo como don, el flujo vivo de la tradición y suscitando en cada uno el ardiente deseo de la santidad.

Hoy a todos ustedes reunidos en la Plaza San Pedro y a todos los cristianos quiero gritar: ¡Ábranse con docilidad a los dones del Espíritu! ¡Acojan con gratitud y obediencia los carismas que el Espíritu concede sin cesar! No olviden que cada carisma

está dado por el bien común, es decir, en beneficio de toda la Iglesia.

### **ETAPA DE MADUREZ**

6. Por su naturaleza, los carismas son comunicativos, y hacen nacer aquella "afinidad espiritual entre las personas" (cf. *Christifideles laici*, 24) y aquella amistad en Cristo que da origen a los movimientos. El paso del carisma originario al movimiento ocurre por el misterioso atractivo que el fundador ejerce sobre cuantos participan en su experiencia espiritual. De tal modo, los movimientos reconocidos oficialmente por la autoridad eclesiástica, se presentan como formas de autorealización y reflejos de la única Iglesia.

Su nacimiento y difusión han traído a la vida de la Iglesia una inesperada novedad, a veces incluso de una manera sorprendente. Esto no ha dejado de suscitar interrogantes, malestares y tensiones; algunas veces ha implicado presunciones e intemperancias, por un lado; y no pocos prejuicios y reservas, por otro. Ha sido un período de prueba para su fidelidad, una ocasión importante para verificar la genuinidad de sus carismas.

Hoy, ante ustedes, se abre una etapa nueva: aquella de la madurez eclesial. Esto no significa que todos los problemas hayan sido resueltos. Más bien es, un desafío,

un camino por recorrer. La Iglesia espera de ustedes frutos «maduros» de comunión y de compromiso.

## REPUESTA AL DESAFÍO DEL FIN DEL MILENIO

7. En nuestro mundo, frecuentemente dominado por una cultura secularizada que fomenta y propone modelos de vida sin Dios, la fe de tantos es puesta a dura prueba y no pocas veces sofocada y apagada. Se advierte entonces con urgencia la necesidad de un anuncio fuerte y de una sólida y profunda formación cristiana. ¡Cuánta necesidad existe hoy de personalidades cristianas maduras, conocedoras de su propia identidad bautismal, de su propia vocación y misión en la Iglesia y en el mundo! ¡Cuánta necesidad de comunidades cristianas vivas! Y aquí entran, los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales: son la respuesta suscitada por el Espíritu Santo, a este dramático desafío del fin del milenio. Ustedes son, la respuesta providencial.

Los verdaderos carismas no pueden menos que tender al encuentro con Cristo en los sacramentos. Las realidades eclesiales a las que ustedes se adhieren los han ayudado a redescubrir su vocación bautismal, a valorar los dones del Espíritu recibidos en la confirmación, a confiar en la misericordia de Dios en el sacramento de

la reconciliación y, a reconocer en la eucaristía la fuente y el culmen de toda la vida cristiana.

De la misma manera gracias a esta fuerte experiencia eclesial, nacieron espléndidas familias cristianas abiertas a la vida, verdaderas iglesias domésticas, surgieron muchas vocaciones al sacerdocio ministerial y a la vida religiosa, así como nuevas formas de vida laical inspiradas en los consejos evangélicos. En los movimientos, en las nuevas comunidades, ustedes aprendieron que la fe no es un discurso abstracto, ni un vago sentimiento religioso sino vida nueva en Cristo suscitada por el Espíritu Santo.

## GARANTÍA DE AUTENTICIDAD

8. ¿Cómo custodiar y garantizar la autenticidad del carisma? Es fundamental al respecto, que cada movimiento se someta al discernimiento de la autoridad eclesial competente. Por esto, ningún carisma se dispensa de la referencia y de la sumisión a los pastores de la Iglesia. Con claras palabras el Concilio escribe: "El juicio acerca de su (de los carismas) autenticidad y la regulación de su ejercicio pertenece a quienes presiden la Iglesia. A los cuales corresponde especialmente no extinguir el Espíritu, pero examinar todo y retener aquello que es bueno (cf. 1 Tes. 5, 12; 19, 21)" (L. G. 12). Ésta es la garantía necesaria que el camino que recorren es el correcto.



En la confusión que reina en el mundo de hoy es muy fácil equivocarse, ceder a los engaños. En la formación cristiana que dan los movimientos no ha de faltar jamás el elemento de esta fiel obediencia a los obispos, sucesores de los Apóstoles, en comunión con el Sucesor de Pedro. Conocen los criterios de eclesialidad de las asociaciones laicales presentes en la exhortación apostólica *Christifideles Laici* (cf. n.30). Les pido que los acepten siempre con generosidad y humildad insertando sus experiencias en las iglesias locales y en las parroquias, permaneciendo siempre en comunión con los pastores y atentos a sus indicaciones.

9. Jesús has dicho: "He venido a traer fuego sobre la tierra y cómo quisiera que estuviera ya ardiendo", mientras la Iglesia se prepara a atravesar el umbral del tercer milenio acogamos la invitación del Señor, para que su fuego se encienda en nuestro corazón y en el de los hermanos.

Hoy, en este cenáculo de la Plaza San Pedro, se alza una gran oración: "¡Ven Espíritu Santo, ven y renueva la faz de la tierra, ven con tus siete dones! ¡Ven Espíritu Santo de Vida, Espíritu Santo de Verdad, Espíritu Santo de Comunión y de Amor! La Iglesia y el mundo tienen necesidad de ti. ¡Ven Espíritu Santo, y haz siempre más fecundos los carismas que has hecho surgir! ¡Da nueva fuerza e impulso misionero a estos

tus hijos e hijas aquí reunidos, ensancha su corazón, reaviva su compromiso cristiano, hazlos valientes mensajeros del evangelio, testigos de Cristo resucitado, Redentor y Salvador del hombre! ¡Refuerza su amor y fidelidad a la Iglesia!

A María, Madre de Jesús y esposa del Espíritu Santo, Madre de los apóstoles, que los acompañó en Pentecostés, dirigimos nuestras miradas para que nos ayude a aprender de su fiat la docilidad al Espíritu. Hoy, desde esta plaza, Jesucristo repite a cada uno de ustedes: "Vayan a todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda criatura" (Mc. 16, 15). Él cuenta con cada uno de ustedes. La Iglesia cuenta con ustedes. El Señor les asegura: "¡Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo!" (Mt. 28, 10). Amén.

## Poniendo en común

Propiedad de El Movimiento de la Palabra de Dios - Rama Femenina de Nazaret.  
Av. San Juan 2831 (Buenos Aires)

### Distribución

Editorial de la Palabra de Dios  
e-mail: [editorial@cristovive.org.ar](mailto:editorial@cristovive.org.ar)  
Tel: 011 - 4931-8388  
[www.cristovive.org.ar](http://www.cristovive.org.ar)

Otros Números:  
[Poniendo en común](#)